Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea,
21, 2020, pp. 203-223
e-ISSN: 2386-4745 | ISSN: 1579-3311

Entre jóvenes y viejos. El impacto del 68 en la reconstrucción de la cultura en Cataluña[1]

Between Young People and Their Elders: The Impact of 1968 on Reconstruction Culture in Catalonia

Carles Santacana Torres
Universitat de Barcelona
carles.santacana@ub.edu
https://orcid.org/0000-0002-8529-4559

Recibido: 27-1-2020
Aceptado: 03-3-2020

Cómo citar este artículo / Citation: SANTACANA TORRES Carles (2020). Entre jóvenes y viejos. El impacto del 68 en la reconstrucción de la cultura en Cataluña. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 21, pp. 203-223, https://doi.org/10.14198/PASADO2020.21.08

Resumen

Entre las múltiples consecuencias del 68 es muy relevante el impacto que tuvo en el ámbito de la cultura, incluso en países como España, sometidos a una férrea dictadura, pero que al mismo tiempo estaban viviendo el surgimiento de una nueva generación que pretendía superar el aislamiento internacional y que se entusiasmó con los aires frescos que llegaban de todas partes, y especialmente de París. En el presente artículo se analiza el impacto del 68 en el proceso de construcción de una cultura democrática, cuestión en la que el relevo generacional fue un factor importante. El estudio se focaliza en la reconstrucción de la cultura catalana, y revisa las percepciones que tuvieron del mayo francés intelectuales destacados, para evaluar los efectos que el 68 tuvo en sus planteamientos. Se constata que en 1969-1970 era evidente que el 68 había contribuido a abrir una nueva etapa de esa reconstrucción cultural bajo la dictadura.

Palabras clave: Mayo 68; Cultura catalana; Juventud.

1. Este texto forma parte del proyecto de investigación PGC2018-098191-B-100 concedido por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Abstract

One of the many consequences of 1968 is its major cultural impact, even in countries that were then in the grip of an iron-fisted dictatorship, like Spain. They were also witnessing the emergence of a new generation that sought to overcome international isolation, triggered by the fresh winds blowing from abroad, especially from Paris. This paper examines the impact of 1968 on the process of building a democratic culture, an issue where generational changeover became a key factor. The paper offers a case study focusing on the rebuilding of Catalan culture. It traces leading intellectuals' perceptions of the French May 1968 events in order to evaluate their impact on their personal position and perspectives. It was clear by 1969-1970 that 1968 had contributed to opening up a new stage in the rebuilding of Catalan culture under the dictatorship.

Keywords: May 68; Catalan culture; Youth.

Es obvio que son múltiples los enfoques sobre el 68, tanto en relación a sus focos más destacados, ya sean estos París, México o Praga, ya sea en relación al acento con que se identifica a sus protagonistas, ya sean estudiantes, obreros o la categoría de la juventud; y también en relación a los países que fueron receptores más o menos lejanos, y singularmente los que vivían en dictaduras como los casos de España, Portugal y Grecia. Se puede poner el acento en los aspectos culturales y sociológicos, o en su traducción en la vida política organizada. También existe la posibilidad de realizar una aproximación centrada en ese denso año 1968, o situarlo en un contexto más amplio, el de los largos sesenta.

En ese marco de opciones, este artículo analiza el impacto del 68 desde la perspectiva de la influencia que ejerció en un proceso de más largo recorrido en la evolución de la cultura y la intelectualidad en España (Fusi, 2017; Morente, 2015), y más específicamente en relación a la cultura catalana. Interesa especialmente el análisis de esa influencia en relación a una intelectualidad que fue tomando posiciones públicas disidentes de la dictadura franquista, en un contexto en el que el relevo generacional tomó una dimensión explicativa trascendental, tanto en clave interna (las generaciones que no habían vivido la guerra civil española), como internacional, por el influjo de un cosmopolitismo en el cuál el mayo del 68 es una referencia fundamental.

Los precedentes inmediatos

Es evidente que la cultura democrática, izquierdista u obrerista quedó descabezada en 1939 en España, y sólo tuvo un refugio seguro en el exilio. En el interior los esfuerzos por reconstruir una cultura democrática tuvieron muy pocas opciones hasta bien entrados los años 50, y en unas condiciones muy

limitadas. En el caso catalán ese panorama se veía singularizado por la persecución específica de la lengua catalana, y en especial de sus usos cultos, y por la sobrerepresentación de los intelectuales catalanistas de la resistencia, considerados símbolos de la continuidad de un proyecto cultural con evidentes vinculaciones políticas. La vida cultural del catalanismo cultural se condujo en clave resistencialista, con el puro objetivo de la supervivencia, que forzaba a la unanimidad de sus escasos miembros, que se veían en la necesidad de idealizar el pasado de la cultura anterior a la Guerra Civil. Este panorama empezó a cambiar a mediados de los 50, cuando convergieron pequeños movimientos de diversa naturaleza y sin conexión entre ellos. Algunos tenían que ver con el desengaño con la dictadura por parte de hijos de los vencedores, como el caso de los promotores de la revista falangista universitaria *Laye* (1950-1954) (Bonet, 1994), cerrada por las autoridades, que ponían fin a una experiencia surgida de los medios oficiales, con Manuel Sacristán como uno de sus principales referentes. Por otra parte, un grupo de jóvenes católicos emprendieron un cambio notable a la revista católica *El Ciervo* (1951), que a partir de 1958 (González Casanova, 1992) tomaba distancia del nacionalcatolicismo y de alguna manera se avanzaba al espíritu del Concilio Vaticano II (1962-65). También a mediados de los 50, en 1954, se ponía en marcha el grupo CC (Crist-Catalunya), plataforma de católicos catalanistas, y coincidía en el tiempo la constitución de la primera célula universitaria del PSUC, o con la publicación de *Notícia de Catalunya* del historiador Jaume Vicens Vives (Gatell, Soler, 2012), la primera reflexión importante editada legalmente sobre la sociedad catalana desde 1939. Y un año más tarde se creaba la Agrupació Dramàtica Barcelona, una notable apuesta por la renovación teatral que toparía rápidamente con las autoridades.

La coincidencia de todos estos elementos inicialmente inconexos nos permiten situar en estos momentos un punto de inflexión entre la resistencia de la posguerra y el inicio de una nueva fase que podríamos cualificar como de construcción de una nueva cultura democrática, con todas las dificultades inherentes a la propia dictadura y a la fractura de 1939, pero estimulada por el dinamismo cultural internacional, que además se estaba abriendo a unas influencias notables en el terreno de la cultura de masas. Muchos ingredientes a encajar. Esta etapa es la que podemos denominar desde la perspectiva cronológica como los largos años sesenta, que ocuparían de 1954 hasta 1970. La distinción entre las dos etapas parece clara aplicada al caso de la cultura catalana, aunque en el conjunto español se suele poner el acento en la generación del 56, circunscrita especialmente al ámbito de la juventud universitaria. La diferencia entre tomar 1954 y 1956 no es trascendente, máxime cuando en procesos de la historia cultural las cronologías son más laxas y complejas. En

cualquier caso, sí que parece claro que para el asunto que tratamos los sesenta empezaron realmente a mediados de los cincuenta. Es en esta etapa, y en una historia de largo recorrido, en la que cabrá analizar el impacto del 68 en un proceso que ya estaba en marcha antes de la mítica fecha.

Así pues, parece suficientemente operativo poder referirnos a la etapa 1954-70 como una fase bien definida en la evolución cultural en Cataluña (Santacana, 2013), que por otra parte se veía influida por la dinámica del mundo occidental en pleno auge económico, con los primeros pasos de la Comunidad Económica Europea y las tensiones como la que producía la descolonización. No es casualidad que hechos tan aparentemente alejados de la realidad española como el aplastamiento de la revuelta húngara en 1956 o la checa en 1968 tengan que ver con el surgimiento de generaciones diferenciadas. En cualquier caso, el arranque de esta fase se produce con un absoluto protagonismo de una nueva generación en la que confluyen jóvenes que procedían sobre todo de familias acomodadas, con escasas excepciones. Muchos de ellos habían iniciado sus trayectorias bien instalados en las instancias oficiales, incluyendo a las eclesiásticas. El hecho que muchos de estos jóvenes fuesen abandonando su destino prefigurado como futuras élites de la dictadura suponía un fracaso de las instancias oficiales, incapaces de ofrecer nada atractivo a pesar de disponer de todos los resortes y mecanismos del poder. Quizás exageradamente, Josep Maria Castellet (Muñoz, 2006) explicó que después de la desaparición de *Laye* en 1954 todos sus amigos, independientemente de su ideología, ya se habían convertido en antifranquistas. Coincidía en esa apreciación Joan Gomis –católico de la revista *El Ciervo*– que ponía el énfasis en la procedencia social acomodada de los jóvenes universitarios que estaban promoviendo esta nueva fase.

En la combinación entre acciones clandestinas y el uso de espacios legales, así como el protagonismo juvenil, toma gran relevancia la primera acción que desbordó esos límites dentro de la universidad. Se trata de la primera asamblea convocada por estudiantes de la universidad de Barcelona al margen del SEU, celebrada en 1957, un año después de los sucesos de la universidad de Madrid. Los 600 estudiantes presentes en lo que se conoció como «Assemblea del Paranimf» (Coll, 2017) pusieron en cuestión el papel del SEU y marcaron un punto de inflexión con su tipo de acción, ya que pasaron de las conspiraciones clandestinas a una acción opositora abierta. Eran muy heterogéneos ideológicamente, pero tenían en común su aversión a la dictadura. Los líderes más destacados en el Paranimfo fueron el carlista Domingo Modolell y el socialista Francisco Foncillas, nombres que después pasarían bastante desapercibidos. La asamblea puso de manifiesto el miedo de los profesores y la

forma precaria, ilusionada, incluso un punto inocente, de la protesta. Entre los jóvenes contestatarios Ramon Garrabou recuerda que «era molt emocionant, tenies la sensació que estaves fent una gran transgressió» (Coll, 2017: 34), y Luis Goytisolo reconoce que «l'èxit del tancament va ser inesperat» (Coll, 2017: 36). La policía entró en el recinto universitario por primera vez desde la instauración de la dictadura, y la represión fue muy dura, de manera que todos los reunidos pasaron por la comisaría de policía y fueron sancionados de una u otra manera. La asamblea del Paranimf fue importante porque representaba una experiencia liminar de una nueva generación, todavía poco estructurada, pero de la que participaron jóvenes que rápidamente tendrían un papel relevante en la construcción de un entramado cultural alternativo al mundo oficial. Entre éstos Max Cahner, que pondría en marcha la editorial Edicions 62, los escritores Luis Goytisolo, Feliu Formosa o Luis Izquierdo, futuros teóricos del derecho como José Antonio González Casanova; Joaquim Jordà, que sería pieza básica en la escuela de cine de Barcelona; el filósofo Xavier Rubert de Ventós; Ricard Salvat, referente del teatro renovador y comprometido; Salvador Giner, pionero de la sociología; o Jordi Solé Tura y Francesc Vallverdú, dos personajes fundamentales en el núcleo intelectual del PSUC.

Esta nueva generación iniciaba su andadura pública prácticamente sin referentes en el interior. Los del exilio les eran muy lejanos no sólo geográficamente, sino también generacionalmente. Y de los profesores de la universidad franquista poco podían esperar, a pesar de significativas excepciones. Jordi Solé Tura explicó en sus memorias que la combinación entre la energía de la nueva generación y las limitaciones que vivían en el país les llevó a buscar referentes exteriores, al margen que conectasen más o menos con la realidad española:

> Amb la distància, tot allò pot semblar una febre d'adolescents, però en realitat era un esclat d'energies que no tenien punts de referència a casa nostra i els havíem de buscar allà on fos, sense gaires elements per distingir entre la realitat i allò que ens presentaven com a tal, entre la necessitat de donar forma i contingut general a la nostra pròpia batalla i l'estretor de les nostres possibilitats immediates (Solé Tura, 1999: 223).

Todos estos elementos confluyeron en la construcción de una cultura catalana democrática que generó espacios de debate de amplio espectro ideológico; entre éstos destaca la revista *Serra d'Or* (1959) (Ferré, 2000), editada por el monasterio de Montserrat, y con un consejo de redacción con notable presencia izquierdista, o la editorial Edicions 62, bajo la dirección intelectual de Josep Maria Castellet, que se propuso un ambicioso programa editorial de temática social y cultural que combinaba las propuestas sobre la realidad catalana con las traducciones de autores muy significativos, como Freud, Maritain,

Marcuse, Sartre, Gramsci, entre otros. Naturalmente, la construcción cultural que se empezaba a materializar debía establecer un cierto canon, para el cuál era necesario establecer una determinada secuencia cultural. Hubo diferentes opciones. *Serra d'Or* mantuvo un cierto equilibrio entre el rescate del pasado cultural de matriz republicana y las tendencias más influyentes en la Europa del momento. En cambio, *Nous Horitzons* (Cebrián; Hispano, 2011), la revista teórica y clandestina del PSUC experimentó dos fases claramente diferenciadas. Mientras la dirección de la revista estuvo en París publicó diversos artículos sobre personajes de la cultura catalana anterior a 1939, un tipo de artículos que desaparecieron cuando la redacción se trasladó a Barcelona. Es decir, los viejos militantes del exilio tenían unos referentes que no fueron considerados por los jóvenes que tomaron la revista en el interior. El hecho es muy significativo.

La aparición en 1966 del semanario *Tele/estel* (Santacana, 2017), el primero autorizado en catalán desde 1939, bajo la dirección de Sempronio, un viejo periodista forjado en la etapa republicana, dio visibilidad al debate sobre ese canon cultural, aunque no se formulaba directamente con esas palabras. Con motivo del primer aniversario de la publicación, el director afirmaba que los lectores estaban divididos entre «aquells que ens atribueixen una mena de nostàlgia del passat, ensems que cert esperit casolà, i aquells altres que voldrien, al revés, que el setmanari dediqués atenció preferentíssima, gairebé exclusiva, a la divulgació de les tradicions, a l'exaltació dels valors nostrats». Planteado así, parecían dos opciones diametralmente opuestas, aunque uno de los jóvenes periodistas, Baltasar Porcel, quiso distinguir entre la historia y la nostalgia, especialmente perniciosa esta última porque llevaba aparejada una imagen idílica e irreal del pasado del país. Obviamente, había jóvenes y viejos de todas las ideologías, pero a la altura de 1967, antes del 68, se dibujaba una clara distinción de referentes culturales (y en definitiva, proyectos) entre los que se guiaban por el bagaje de anteguerra y los que fijaban el interés en un mundo occidental en plena ebullición social y cultural. El debate era muy vivo, ya fuese en público o en privado, como muestra la recentísima recuperación (Castellet et alt., 2019) de las conversaciones inéditas que en 1967 mantuvieron cinco pesos pesados de esa nueva generación: Josep Ferrater Mora, Joaquim Molas, Joan Fuster, Josep Maria Castellet y Baltasar Porcel, en que discutieron sobre internacionalismo, el papel definitorio de la lengua, la adecuación a la cultura de masas o el influjo de las querellas entre resistencialismo y colaboracionismo. Todo era muy fluido, y estaba por llegar el 68.

Y llegó el 68

Como decíamos al principio, es evidente que el 68 fue plural, y que en realidad así lo vivieron también sus coetáneos. Para unos lo más relevante era el movimiento estudiantil o los movimientos alternativos como lo que podían representar los hippies; para otros lo más importante era lo que estaba en cuestión en Praga sobre el socialismo de estado, o el cuestionamiento de la democracia formal por los grupos a la izquierda de los partidos comunistas occidentales. Además, es cierto que Estados Unidos, México, Italia, Checoslovaquia y Francia, por poner los ejemplos más relevantes, eran sociedades diferentes, pero también es cierto que hay dos elementos comunes al activismo que se manifestó en aquel año. El primero es la necesidad de expresar públicamente la protesta, de poner de manifiesto el inconformismo, palabra clave que tomó todo su sentido en aquella coyuntura. La segunda es la eclosión de la juventud como protagonista principal de esa oleada de inconformismo con el mundo desarrollado. Todo ello se producía en una sociedad inmersa en una dinámica de crecimiento económico exponencial, que no obstante no satisfacía a este sector emergente, que planteaba otro tipo de críticas y que cuestionaba a todo lo que era tradicional, desde las instituciones y organizaciones políticas a la universidad, así como todo tipo de relaciones jerárquicas y autoritarias interpersonales, en el entorno familiar y privado, y naturalmente incidía también en un nuevo papel de la mujer. Era una reivindicación de la utopía y la imaginación frente a todo lo establecido, frente al stato quo. Muchos historiadores se han referido a lo que aquello significó. En su *The Age of Extremes*, Eric Hobsbawm no dudó en calificar un segmento más amplio de años, que incluye esos sesenta, como una etapa de revolución social y revolución cultural.

Ahora bién, ¿cómo podía ser recibida e interpretada esa oleada alternativa en un país sometido a una férrea dictadura como era la España franquista? Obviamente, las autoridades (Casanellas, 2019) y la prensa oficialista (Badenes, 2018) en general se sumó alegremente a presentar todas esas manifestaciones, y muy especialmente el mayo francés, como el súmmum de las algaradas de los alborotadores de siempre, de los que gracias a Franco España podía resguardarse. No obstante, sabemos que a la altura de 1968 era muy difícil hacer realidad esa desiderata aislacionista, y que el impacto en España fue evidente (Carrillo, 2018). Es por ello que nos interesa ahora analizar la recepción e influencia más inmediata del 68 respecto del mundo cultural catalán que hemos esbozado anteriormente.

Se da la curiosa coincidencia que en mayo del 68 se celebraban en París unas Jornadas de Cultura Catalana, en el marco de la Festa del Llibre Català que organizaba el Casal Català de París, que llevaron a la capital francesa a

intelectuales de la oposición como Jordi Solé Tura, Josep Termes, Joan Triadú, Maria Aurèlia Capmany, Josep Maria Castellet, Enric Bastardas, y otros, que se convirtieron en espectadores privilegiados de aquellos momentos. También vivieron en directo las protestas los sociólogos Manuel Castells, Marina Subirats, Jordi Borja, que vivían en Paris o algunos jóvenes estudiantes, como Jordi Porta, que hacía un año que estudiaba en la Sorbona. Tanto Jordi Porta como los intelectuales antes citados se convirtieron de facto a su regreso en los propagadores del mayo francés en los círculos culturales más activos, y dieron conferencias y seminarios en diversos lugares, entre ellos el Institut Catòlic d'Estudis Socials de Barcelona, que se había convertido en un foco de las ciencias sociales de corte mayoritariamente marxista.

No cabe duda que la experiencia tuvo un gran impacto en todos ellos. Lo que más les impresionaba era la espontaneidad de la protesta. El joven estudiante Jordi Porta explica en sus memorias que «La primera impressió, venint de la meva experiència en el Sindicat Democràtic d'Estudiants de Barcelona, era que allò que es veia a Nanterre no podia prosperar gaire per manca d'organització i per un desenvolupament de les sessions més aviat caòtic» (Porta, 1997: 45). Para Porta el mayo del 68 fue más que una fiebre juvenil, pero menos que una revolución. Jordi Solé Tura, que ya había vivido antes exiliado en Francia, y que tenía un buen conocimiento de su mundo cultural y político también se vio sorprendido por un estallido social que le parecía inimaginable. En sus memorias relata que:

> va ser el gran moment dels escrits a les parets, dels missatges treballats amb el guix i la pintura, de l'explosió d'una cultura de la igualtat, la tolerància i la llibertat, d'una glorificació joiosa de la sexualitat, d'un trencament alegre de mil tabús. Tots estàvem al•lucinats i ens costava creure allò que vèiem.(…) Però més enllà de la perplexitat, començàvem a endevinar que aquell gran moviment era alguna cosa més que una protesta juvenil, que una reivindicació universitària, que un conflicte polític. De fet, era una autèntica revolució cultural que trencava normes de funcionament ancestrals i introduïa en les societats avançades d'Europa i d'Amèrica del Nord els grans temes que ens han marcat fins avui mateix, des de la igualtat dels sexes i l'autonomia de les persones fins a l'ecologia (Solé Tura, 1999: 275).

Solé Tura insiste en el papel fundamental del movimiento estudiantil y en el carácter de revolución cultural, por encima de la participación obrera en el conglomerado de la revuelta. Así escribe:

> i vaig començar a creure que potser tenien raó tots aquells –entre ells el mateix Georges Pompidou en el seu discurs al Parlament, convocat d'urgència– que deien que allò que el moviment juvenil havia posat en crisi no era el govern, ni les institucions, ni França com a país, sinó tota la seva civilització. L'impacte

> era impressionant, per la seva força i la seva extensió, però també per la seva novetat, totalment imprevisible (Solé Tura, 1999: 276).

Otro referente de la nueva izquierda intelectual catalana era Jordi Borja, sociólogo que vivía en Paris desde 1962, militante del PSUC hasta 1965, y que siguió los hechos desde las mismas calles parisinas. En unas memorias dedicadas específicamente al período 1968-74 muestra la sopresa por la forma de la protesta, a pesar de sus múltiples contactos con dirigentes estudiantiles y de la izquierda. Y expone con claridad como vivió discordancias flagrantes entre los objetivos del movimiento obrero y la praxis de la revuelta estudiantil:

> El moviment dels treballadors volia drets i millores laborals, mentre que els joves del Quartier Latin, que feien barricades per fer la revolució proletària, estaven canviant els comportaments socials i la qualitat de vida (medi ambient, feminisme, participació en les institucions, llibertat sexual, etc.), qüestions que no eren prioritàries per als milions de treballadors enquadrats en les centrals sindicals (Borja, 2018: 18).

La posibilidad que bajo el zarandeo a la tranquilidad de la sociedad francesa no existiese una unidad de acción, y objetivos distintos para estudiantes y obreros generaba muchas contradicciones en la izquierda antifranquista, y más todavía entre la izquierda comunista. Para Jordi Borja eran evidentes, y está en el origen de la creación unos meses más tarde de la organización política Bandera Roja, formada exclusivamente por jóvenes, hasta el punto que Jordi Solé Tura era apodado Jordi il vecchio porque con sus 38 años era el militante de más edad. Es lógico que para militantes de la generación anterior esas contradicciones fuesen más punzantes. También vivió esas jornadas en París la escritora y militante comunista Teresa Pàmies, que vivía en el exilio desde 1939, y que dejó su testimonio en un dietario publicado con el título *Si vas a Paris, papà* (Pàmies: 2018). A lo largo de este extenso dietario, Pàmies muestra repetidamente el desconcierto que causaba la protesta en la militancia comunista. La manifestación del 13 de mayo, de estudiantes y obreros, es el único momento de absoluta felicidad de la escritora, que anota en su dietario que «he sentit, gairebé "físicament", el naixement d'una época nova, mai imaginada» (Pàmies, 2018: 20). No obstante, las dudas la asaltaban constantemente. El 18 de mayo escribe «confesso que no hi entenc res. Hi ha moments que em sembla viure una situació revolucionària; n'hi ha d'altres que tot ho veig emboirat per les gamberrades dels estudiants» (Pàmies, 2018: 28), un tipo de comentario que se repite en diversas ocasiones, al mismo tiempo que considera muy inconsistentes a los intelectuales procedentes de Cataluña que vivían eufóricos lo que consideraban una revolución, apelativo que Pàmies ponía en duda. Más adelante, cuando los obreros huelguistas no aceptaron un primer acuerdo de

los sindicatos, el 27 de mayo, la escritora insistía «Alguna cosa passa que m'escapa, que no encaixa en el motllo tradicional. Quelcom que no sóc capaç d'entendre»(Pàmies, 2018: 42).

Efectivamente, lo que ocurría se escapaba de ese molde tradicional, y eran los estudiantes los que ponían en jaque a la política francesa, una posibilidad no prevista para la militancia comunista de la época. Todo era nuevo, y era la novedad la que podía suponer incertidumbre, pero también la que generaba el entusiasmo que Pàmies denunciaba. Y efectivamente, los intelectuales desplazados para la Festa del Llibre Català estaban entusiasmados. Castellet, el que más. Jordi Solé Tura recordaba que Castellet «repetia una i altra vegada que allò era el començament d'una nova fase de la política i de la cultura a Europa i el món sencer» (Solé, 1999: 274). Castellet plasmó su visión rápidamente en la revista *Serra d'Or*, donde se mostró como el intelectual catalán que siguió más de cerca el conjunto del 68, pues también escribió sobre las protestas estudiantiles en Italia (diferenciando el papel de la izquierda italiana respecto de la francesa «La primavera romana de Pier Paolo Pasolini», *Serra d'Or*, julio 1968)), sobre Praga y diversas consideraciones de conjunto. En cualquier caso, su primer artículo empezaba con una frase definitoria. «Els que hi érem, ho recordarem sempre», y describía el sentir de la experiencia diciendo: «Hi ha, en efecte, un aire de futur que s'està decidint a l'ambient. Quan comença el reflux dels manifestants cap a la Sorbona, tot es torna desordre organitzat, kermesse familiar, discussió respectuosa: la Universitat és lliure. Nosaltres, de sobte, som lliures»[2].

Más crítica se mostró la escritora Maria Aurèlia Capmany, que también estaba en Paris y que articuló una reflexión de mayor alcance, ya que publicó unos meses más tarde el ensayo *La joventut, una nova classe?,* con un interrogante que mantiene de principio a fin del texto. Atenta observadora a los cambios en la realidad social, en 1966 había publicado *La dona a Catalunya*, y no podía desaprovechar su experiencia vital en Paris para mostrar sus reflexiones. En el ensayo que nos ocupa hacía un breve recorrido histórico por la significación de la juventud, y afirmaba que no tenía ninguna duda sobre la existencia de un grupo social que no se determinaba simplemente por la edad (la gente joven), sino por unos comportamientos: «actua, omple els carrers, paralitza el trànsit, es fa evident d'una manera qualitativament diversa de com es feia visible la joventut de fa vint anys»(Capmany, 1969: 207). Y insistía que si en aquellos momentos se formulaba esta pregunta era «perque la categoría de classe ve no sols determinada per la relació amb les tasques de producció, sinó

2. Castellet, Josep Maria. «París era una festa», *Serra d'Or,* junio 1968, p.101.

també per l'existència d'un grup amb ple contingut vital i per la consciència d'una tasca històrica. ¿Té a les seves mans una tasca històrica, la joventut?». Capmany dudaba sobre cómo conceptualizar el grupo que protagonizaba la protesta, porque para élla era evidente que la situación no era la misma para la juventud obrera que para unos estudiantes identificados como hijos de la clase burguesa, aunque fuese de sus capas medias. Pero más allá del debate intelectual, Capmany recordaba su participación en la Caputxinada de 1966, cuando convivió encerrada con los estudiantes que constituyeron el SDEUB, y ese recuerdo la llevaba a identificar la revuelta estudiantil con el antifranquismo. En cualquier caso, sus dudas sobre una categoría de juventud integrada o no en el sistema político occidental se evaporaron cuando escribió *Pedra de toc 2*, en 1974, y afirmó que con el mayo del 68 entendió que «ser jove no volia dir simplement enfrontar-se amb la generació dels grans per refugiar-se a la terra de ningú de la jovenesa; ser jove volia dir prendre's el dret d'intervenir sense esperar l'escalafó o torn d'ofici, intervenir per modificar la vida» (Pons, 2000: 279-280).

Desde la distancia, las noticias sobre el mayo francés no dejaban a nadie indiferente. Román Gubern, exponente de la gauche divine y al mismo tiempo todavía militante del PSUC expresa en sus memorias que «seguíamos febrilmente los avatares de la revuelta francesa a través de Radio París, como el más emocionante de los seriales radiofónicos posibles»(Gubern: 1997, 229), aunque pese a ese interés los objetivos de los estudiantes franceses y españoles eran muy distintos: «De alguna forma, los estudiantes franceses reivindicaban incosncientemente el derecho a ser Peter Pan, mientras que en España se reivindicaba el derecho a ser adultos» (Gubern: 1997, 229). El director teatral Ricard Salvat, que había estado unos días antes en el festival de teatro de Nancy, seguía las noticias desde Barcelona, y anotó en su dietario unas sensaciones plenamente positivas. Se refiere en diferentes momentos al *student power*. El 13 de mayo escribió: «El que sí que és meravellós és el funcionament de l'student power a escala internacional. Columbia, Berlín, Nanterre, París, Varsòvia, Madrid. Llàstima que no pugui afegir Barcelona!»(Salvat, 2015: 448), y se lamentaba del papel del PCF. Más adelante también se refería a la opinión de otros intelectuales catalanes. El 19 de mayo anota: «La Carme Serrallonga, la Maria Aurèlia i en Jaume Vidal, que van anar a la Fira del Llibre, ho conten i no s'ho poden acabar» (Salvat, 2015: 453). Salvat también prestó atención a lo que denominaba «lenta invasió de l'student power», siguiendo las protestas de los estudiantes de Belgrado y Praga. Juan Ramon Capella, miembro del comité de intelectuales del PSUC vivió también con interés los acontecimientos. En sus memorias explica que siguió los hechos fascinado y paralizado: «De una

parte era imposible no simpatizar con la creación de un imaginario colectivo culturalmente revolucionario. 'Sed realistas: exigid lo imposible', rezaba su slogan»(…) Pero de otro lado resultaba sorprendente la escasa sensibilidad política real de los estudiantes.» (Capella, 2011: 204). Se mostraba crítico con el espontaneismo de Cohn-Bendit, pero también con el acomodamiento del PCF. Al mismo tiempo, Capella señala los límites del debate sobre el mayo francés en el PSUC. El primer análisis del partido lo hizo Quim Sempere, publicado en *Nuestra Bandera*[3], revista del PCE, documento en que se expresaba la necesidad de que ese movimiento estudiantil y de los jóvenes intelectuales reconociese su papel subsidiario respecto del movimiento obrero. El documento admitía lo novedoso de la situación, y siguiendo el canon marxista-leninista de la época expresaba su temor a un movimiento que pudiese caer en el infantilismo. Y esa versión oficial es la que se debía transmitir a la militancia; según Capella su interés en profundizar en el asunto fue cercenado por el partido, que no creía necesario ampliar la discusión (Capella, 2011: 206).

Por otro lado, el impacto del 68 se hizo sentir con rapidez en los libros que pusieron en circulación las editoriales de izquierda, y muy especialmente en el caso catalán Edicions 62, que dirigía Castellet. Libros sobre los hechos sucedidos o sobre los autores en que se inspiraba de manera más o menos directa la protesta. En el mismo año 1968 publicó *El segon sexe* de Simone de Beauvoir y *El pensament polític de la dreta*, de la misma autora; *Eros i civilització* y *L'home unidimensional* de Herbert Marcuse, que se publicitaba como el best-seller mundial de ese año 1968. Y en 1969 publicaba a Sartre (*Esbozo de una teoría de las emociones*), Marcuse (*El fin de la utopía* y *Psicoanálisis y política*), Beauvoir (*La medida del hombre*). Además, Castellet se atrevió con una obra personal: *Lectura de Marcuse* (1969).

Hubo muchos libros de urgencia: en septiembre del mismo 1968 la editorial católica Nova Terra ya anunciaba un libro colectivo sobre *La revolució cultural a França*, con textos de Alfonso Carlos Comín, Joaquim Sempere, Jordi Borja y Raimon Obiols, en el cual se afirmaba que «1968 és el 1848 dels estudiants», de manera que «la crisi de maig de 1968 a França haurà fet aparèixer amb claredat que intel·lectuals, professionals i tècnics (i els estudiants que es preparen a ser-ho) són unes capes socials lligades amb la classe obrera per l'interès comú d'enderrocar el capitalisme»; y otro libro también colectivo sobre *La revolta universitària mundial*. Efectivamente, la relación entre revuelta, juventud y universidad inundaba de propuestas un mundo editorial militante en ebullición.

3. Véase los artículos, La «rebelión» de la juventud y La situación del estudiante y el intelectual en la actual sociedad capitalista, *Nuestra Bandera*, suplemento al número 58 (junio 1968), pp. 8-15.

Octavi Fullat publicaba en 1968 *La joventut actual: el nostre futur*, también en Nova Terra, y *El crac universitari* en editorial Cadí. Y en paralelo se empezaron a publicar en catalán los clásicos marxistas, especialmente Marx y Engels, que no sólo eran textos canónicos para los grupos comunistas clásicos, sino también para la nueva izquierda radical que emergía. Los primeros Marx son de 1967: *Teoría económica* y *Sociologia i filosofía social*), y vinculado a los sucesos de Praga en 1970 se publicó también el *Informe Dubcek*.

Nos hemos referido hasta ahora a algunas valoraciones hechas desde la izquierda cultural de la Cataluña de los sesenta, pero es evidente que el impacto del mayo francés se canalizaba con mayor proyección pública desde otras opciones. Entre las revistas de la época destacaba *Destino*, un semanario que había nacido en el Burgos franquista de la guerra civil, pero que desde los años cuarenta había tenido algunos problemas con la censura. En los sesenta era una revista liberal (Geli; Huertas, 1991), abierta en lo posible teniendo en cuenta el mantenimiento de la censura, ahora a posteriori. El periodista Mateo Madrilejos narró en *Destino* los sucesos de París con artículos informativos neutros, explicando las interpretaciones coetáneas de Raymond Aron o Maurice Duverger[4]. En un tono más analítico, el veterano Santiago Nadal, que en esa época pertenecía al consejo privado de Don Juan, publicó un artículo con el significativo título «Juventud, divino tesoro». Desde su perspectiva ideológica, Nadal ponía el énfasis en la coincidencia de protestas de jóvenes del lado occidental y del oriental «contra lo establecido en los respectivos países» y añadía que aunque:

> nominalmente protestan contra cosas radicalmente contrarias. Sustancialmente, protestan contra las mismas cosas. Es decir que lanzan «slogans» anticapitalistas en occidente, y pro liberales en oriente. Pero hacen lo mismo: protestan y con iguales formas. Protestan contra las viejas estructuras y contra la mentalidad parada de las generaciones anteriores que bloquean los puestos y los mandos. Y contra la idea del bienestar elevada a doctrina de la suprema felicidad[5].

A pesar de los errores que Nadal consideraba que cometían los jóvenes, consideraba que éstos se alzaban ante el conformismo de sus mayores, que tenían una responsabilidad. Y por ello consideraba que era imprescindible el diálogo, aunque no era optimista: «Pero no parece que los miembros de las generaciones mayores estén muy dispuestos a dialogar con quienes, según éstos, deberían limitarse a obedecer».

4. Madrilejos, Mateo, «La batalla de la Sorbona», *Destino*, 18-V-1968. Y «Reflexiones sobre la revolución de mayo», *Destino*, 22-V-1968.
5. Nadal, Santiago, «Juventud, divino tesoro», *Destino*, 18-V-1968, p. 9

Otro periodista observador, de eso que Nadal llamaba los mayores, era Sempronio, pseudónimo del veterano repórter formado en el catalanismo de la etapa republicana, que desde 1966 dirigía *Tele/estel*, el primer semanario de quiosco publicado en catalán desde el fin de la guerra civil. Sempronio se desplazó a París y publicó un extenso reportaje en el que relataba su experiencia en las asambleas de estudiantes y trasladaba a sus lectores la dificultad para comprender un fenómeno social nuevo. Explicaba que para comentaristas de «clixé antic», la ocupación de la fábrica Renault les parecía llevar las protestas parisinas a lo que debía ser normal, el conflicto entre patronos y obreros, desplazando el protagonismo estudiantil. Pero en realidad, para Sempronio los obreros «han estat els grans absents, ensems que els grans enyorats de la "Comuna" del Barri Llatí»[6]. Naturalmente, también se publicaron artículos que denostaban lo sucedido y desautorizaban a los protagonistas de la revuelta, pero es muy significativo que desde publicaciones como *Destino* o *Tele/estel*, que no estaban alienadas de forma militante con la izquierda, se subrayase la importancia de lo que sucedía y se intentase comprender sus razones profundas.

Ahora bién, la gran pregunta era si esta eclosión tan celebrada en la intelectualidad de izquierdas tenía algún sentido o podía trasladarse a la Cataluña y la España sometidas al franquismo. Obviamente, el ánimo genérico de revuelta y el inconformismo podían ser trasladados, pero la realidad cotidiana sobre los que proyectarlos distaba enormemente. Por eso Jordi Solé Tura afirmaba que «Llegíem Marcuse, Sartre i Althusser, però no hi trobàvem respostes per canviar el nostre entorn immediat» (Solé, 1999: 280). En cualquier caso, y al margen de esa evidente dificultad, las diversas lecturas del 68 tendrían un impacto evidente en el proceso de reconstrucción de la cultura catalana que estaba en marcha previamente.

El 68 y los jóvenes en la evolución de la cultura catalana. Jóvenes y generaciones

El 68 –los 68– conmocionaron el mundo, aunque en grados e intensidades distintas. Obviamente, las referencias citadas en el apartado anterior no dejan duda sobre la huella que dejaron en el mundo cultural catalán, justo en el momento en que se estaba configurando un conglomerado cultural renovado y mayoritariamente de izquierdas, con el liderazgo de nuevos nombres, y en una tesitura en que se iba rompiendo la lógica resistencialista, pero todavía con limitaciones. El mínimo común denominador antifranquista todavía obligaba a compromisos que limitaban la necesaria crítica cultural. Un ejemplo:

6. Sempronio, «Paris, la setmana folla. La Comuna del barri llatí», *Tele/estel*, 31-V-1968, p. 13

la revista cultural *Serra d'Or* se encontraba a menudo ante el problema que sus dos principales críticos literarios (Joan Triadú y Joaquim Molas) tenían perspectivas ideológicas absolutamente dispares, y en ocasiones la revista se veía forzada a publicar dos reseñas del mismo libro para contentar a todos. En el mismo sentido, la revista teórica clandestina del PSUC, *Nous Horitzons*, recibió consignas de la dirección del partido para suavizar algunas críticas, puesto que se imponía el objetivo político superior de la unidad antifranquista. La lógica era supeditar las diferencias entre los antifranquistas, porque el enemigo común seguía siendo la dictadura. No obstante esas circunstancias, a mediados de los sesenta la cultura catalana estaba desbordando ese ámbito estrictamente resistente, razón por la cuál la irrupción del 68 añadió un imput importante a la renovación que se estaba operando, y que Manuel Vázquez Montalbán describió magistralmente en un artículo titulado «Amigos y enemigos de la cultura catalana», en el que afirmaba que distintas polémicas surgidas desde 1967 permitían lo que el llamó «romper el código». Así, afirmaba que «la unidad operativa de la cultura catalana ha desaparecido y que hoy se manifiesta a través de formas y contenidos tan distantes entre sí como la derecha y la izquierda, la vejez y la juventud, el conservadurismo y el progresismo»[7]. En este sentido, el 68 aceleró claramente el proceso en marcha.

Obviamente, la rotura del código que proclamaba Vázquez en 1970 no fue tan fácil. Y apareció como un elemento muy relevante la cuestión de la juventud y las generaciones, aspecto éste imposible de deslindar de las lecturas que se hacían del 68. Estos dos elementos debían conjugarse, además, con el debate sobre la debilidad o fortaleza de la cultura catalana. Josep Maria Castellet escribía en fecha muy próxima a los sucesos parisinos, en octubre de 1968, que:

> Sembla com, si de sobte, un immens descrèdit s'hagués abatut sobre els qui abans eren qualificats respectuosament de «persones grans» –i no solament sobre ells, sinó també sobre tots aquells qui, d'una manera o altra, han accedit al que en algun temps era considerat una virtut natural, la maduresa. Avui la invasió de la joventut és total, plena d'una incansable i, de vegades, fructíferament injusta agressivitat[8].

Para Castellet la cuestión es que los jóvenes habían demostrado que el rey estaba desnudo, y que por eso creaban una incomodidad de tipo moral. Curiosamente, se salvaban de su ira unos viejecitos que tildaba de bidimensionales, entre los cuales Russell, Lukács, Marcuse y Sartre, caracterizados por su compromiso cívico.

7. Vázquez, Manuel, «Amigos y enemigos de la cultura catalana», *Triunfo* 24-I-1970, p. 23.
8. Castellet, Josep Maria, «Nens anarcoides i vellets bidimensionals», *Serra d'Or*, octubre 1968, p. 53.

Al veterano periodista Sempronio, a quien ya nos hemos referido, le parecía exagerado proclamar unos abismos generacionales que consideraba inexistentes. Y ponía como ejemplo que favorecía su argumento la edad de muchos de lo que él calificaba como ídolos de los jóvenes de la cultura: Buñuel, 69 años; Marcuse, 71, McLuhan, 57; Levis-Strauss, 61. Por otro lado, Sempronio acusaba a los jóvenes escritores de llevar adelante batallas sin riesgo. Afirmaba que no combatían a los poderosos, sino a la cultura local más tradicional, que sólo tenía un papel subsidiriario. Es obvio que tras la crítica de Sempronio se escondía una pregunta de calado: ¿hasta qué punto era aceptable la crítica a una tradición cultural que había sido postergada por la dictadura? ¿Estaban en condiciones los que intentaban recuperar el curso de la evolución cultural para al mismo tiempo ser críticos con la misma? Con otras palabras, el director teatral Frederic Roda planteaba esos dilemas dando respuestas distintas a las de Sempronio, afirmando que la capacidad de autocrítica era privativa de las colectividades (y culturas) fuertes, mientras que las débiles se caracterizaban por el triunfalismo y la autosatisfacción. A partir de esas premisas avanzaba la hipótesis que quizás la cultura catalana era suficientemente fuerte para segregar autocrítica. Para Roda parecía que en los albores de los setenta se podía dar ya el paso definitivo. Por eso se preguntaba si «¿No ens hem acostumat massa a la confortable incomodidat de les catacumbes?»[9]. Y también consideraba que la cuestión tenía que ver con el signo de los tiempos, y había que asumirla con naturalidad. La intersección entre distancia generacional y capacidad de autocrítica tuvo un episodio especialmente llamativo a propósito de los cuentos incluídos en *La torre dels vicis capitals* (1968) de Terenci Moix –joven heterodoxo muy influído por la cultura audiovisual y formas culturales como el cómic–, muy críticos con la cultura catalana, y que tuvo un enorme eco público y periodístico.

Es evidente que para los coetáneos la cuestión de la juventud como grupo social y las generaciones eran cuestiones muy relevantes, que se entremezclaban con el deseo de acabar con los tabús generados por el resistencialismo cultural. Situado en el centro del debate, Terenci Moix fue muy incisivo en su crítica a la cultura más tradicional, que aseguraba que alejaba a los jóvenes de la cultura catalana. En 1969, con motivo de la desaparición del semanario *Tele/estel*, Moix afiló su pluma, argumentando que el fracaso de la publicación se debía a no haber conectado con las inquietudes de la juventud intelectual:

> Era penós de veure articles de cinc fulls sobre totes les barbes de la Catalunya de l'any de la picor, mentre tants noms perfectament afaitats haurien pogut fer

9. Roda, Frederic, «La capacitat d'autocrítica», *Tele/estel*, 26-XII-1969, p. 13

> un setmanari digne, sense que calgués espantar ningú. N'hi ha tants, d'aquests noms! Diguem-ne uns quants: Castellet, Molas, Maria-Aurèlia Capmany, Joaquim Marco, Solé-Tura, Joan de Sagarra, Gabriel Ferrater i tots aquells que formen part d'una cultura catalana viva. Però parlar de cultura catalana viva potser fa massa basarda. Potser els fantasmes són més tranquil·litzadors. I «Tele/estel» va ser la contribució més inapreciable que cap poble del món hagi fet mai a una antologia de la necrofília[10].

Observador y protagonista al mismo tiempo, Manuel Vázquez Montalbán incidió en esta polémica con la radiografía de la cultura catalana que hemos citado más arriba y sobre la que conviene volver. En su diagnóstico, el escritor barcelonés no podía olvidar la represión específica que había vivido la cultura –y específicamente la lengua– catalana a partir de 1939, pero también se refería al uso más o menos folclórico de algunos referentes culturales catalanes, como Joan Maragall, o la sardana, que se convertían en tópicos de uso ritual por parte de supuestos interesados en la cultura autóctona. Del artículo nos interesa especialmente el apartado que titulaba significativamente «Conservadores y taxidermistas». Vázquez valoraba a los que habían salvaguardado la cultura en la etapa resistencial, pero pensaba que se corría el riesgo de sacralización. Con su particular estilo escribía:

> Esta precariedad civil, histórica, ambiental ha agudizado la liturgia conservadora de que se revisten los sacerdotes de la cultura catalana y ha condicionado un tanto el papel de sepultureros y taxidermistas que algunos han ido adquiriendo, verificando una vez más que hay amores que matan[11].

El quid de la cuestión era que «la situación anormal o prenormal, en que se desenvuelve la cultura catalana, no permite una batalla frontal con estos abnegados sacerdotes», que cuando se ven desbordados por propuestas nuevas emitían señales de alarma que «les hace objetivamente tan intolerantes como al integrista del centralismo». No obstante estas afirmaciones, Vázquez era consciente que el hipotético choque entre viejos y jóvenes no tenía las mismas consecuencias en una cultura como la catalana: «Así como una ruptura del código unitario vitaliza a toda cultura, en el caso de la catalana, la excepcionalidad de su gestión a nivel de cultura de masas, cuestionan en gran manera el carácter vitalizador de esa ruptura». Y por eso reclamaba tolerancia entre todos los agentes implicados como conclusión final:

> Los intolerantes son los enemigos de la cultura catalana. Los que reivindican un monopolio «carca», basado en las meras razones de una sentimentalidad ejercida en exclusiva, pueden ser también enemigos de la cultura catalana. Y

10. Moix, Terenci, La desaparició de Tele/estel. Parlem-ne», *Serra d'Or*, julio 1969, p. 22.
11. Vázquez, Manuel, «Amigos y enemigos de la cultura catalana», *Triunfo*, 24-I-1970, p. 22.

> pueden serlo también los que hacen «tabula» rasa con las conquistas de un pasado difícil, inmediato y no del todo superado[12].

El diagnóstico de Vázquez era compartido. Ya hemos visto que el director teatral Frederic Roda apuntaba en la misma dirección, y el filósofo Octavi Fullat, que se estaba especializando en reflexiones sobre la juventud y la universidad también creía que el peso del pasado podía paralizar y alejar a los jóvenes de las propuestas culturales. A principios de 1970 publicó el artículo «Final o començament de les lletres catalanes», en que afirmava:

> A més, ens hem recreat massa en el pretèrit –feina, aquesta pròpia dels vells–, perdent futur. Aquesta darrera modalitat de «cofoisme esclerosat» ha estat causa especialment que la gent jove catalana no es reconegués en tal cultura, la qual responia a uns plantejaments d'«abans de la guerra», però que desconeixia l'esdevenidor[13].

Con el cambio de década los balances de los 60 reconocían la aceleración del último tramo, con los efectos del 68 en primer plano, ya fuese en clave catalana, española o internacional, planteando cuestiones como el compromiso de los estudiantes y futuros técnicos en el desarrollo del capitalismo, ya fuese en clave de radicalización política. En cualquier caso, en relación a la temática desarrollada hasta aquí es evidente que a nadie se escapaba la oportunidad de ese balance provisional. En el número de *Serra d'Or* de octubre de 1969 coincidieron artículos de tres de sus columnistas habituales, que sin ponerse de acuerdo previamente planteaban el balance de la década. Eran tres pesos pesados de la reconstrucción cultural: el crítico de arte Alexandre Cirici, el filólogo Joaquim Molas y el editor Josep Maria Castellet. Castellet se refería a la sensibilidad «camp» de la nueva generación, a la que otorgaba carta de naturaleza, y admitía desde la distancia de quien formaba parte de una generación anterior que este gusto camp de muchos jóvenes del momento «només vol dir que aquesta reclama un dret inalienable: el de viure plenament les contradiccions del seu temps, les quals poden fer d'un sarcasme la condició de la seva veritat»[14]. Esta era la gran novedad del final de la década, y la observación de unos de los principales animadores de esos años. En un tono más explícito, Joaquim Molas formulaba un balance agridulce: «Quin caramull de canvis s'han produït al país! I que lluny hem viscut, malgrat tot, del progrés real que ha menat l'home a la lluna o ha commogut tantes àrees oprimides!»[15]. Y después

12. Vázquez, Manuel, *ob. cit*. p. 23.
13. Fullat, Octavi, «Final o començament de les lletres catalanes», *Tele/estel*, 30-1-1970, p. 22-23.
14. Castellet, Josep Maria, «Mitologies de la nova generació», *Serra d'Or*, octubre 1969, p. 45.
15. Molas, Joaquim, «L'adéu a la dècada dels seixanta», *Serra d'Or*, octubre 1969, p. 45.

de constatar esta distancia entre los asuntos domésticos y las conmociones de la década en el mundo explicitaba que la cultura catalana se había movido en la tensión entre tres niveles: uno de folclórico-sentimental, otro de inspiración burgesa y el último que tildaba de underground, que había dado como fruto principal la Nova Cançó, que sería una forma de expresión fundamentalmente joven.

Por último, Alexandre Cirici firmaba el artículo más extenso y significativo, con el título «La generació dels seixantes», que aparecía en la sección de arte, pero que era una reflexión de carácter general. Cirici formulaba una sucesión de generaciones que ordenaban la evolución cultural catalana desde 1939, que se iniciaba con su generación, la de los que habían cumplido 25 años al final de la Guerra Civil. Se habían formado antes del conflicto bélico, pero no habían tenido ningún protagonismo. Eran los que debían constituir el cordón umbilical con la preguerra. La siguiente generación eran los que habían cumplido los 25 años a mediados de la década de 1950, cuando España fue admitida en la ONU. Muchos de los nombres que daba han parecido en estas páginas: Antoni Tàpies, Oriol Bohigas, Pere Portabella, Joan Fuster, Ricard Salvat, Román Gubern, Francesc Vallverdú, Joaquim Molas, Miquel Porter, Antoni Jutglar, Ernest Lluch, Josep Termes. Eran personas que según Cirici actuaban con una fuerte componente cívica. En realidad, eran los que habían iniciado la reconstrucción cultural en la fase inicial de los largos 60. Después de estas dos generaciones precedentes se llegaba a la de los 60, que para Cirici eran los que habían cumplido los 25 años «a l'època de les Comissions Obreres i del Boccaccio, la manifestació de capellans i la minifaldilla»[16]. La definición de esta generación se presentaba bajo el significativo epígrafe «Un nou món», y quedaba definido sobre todo por elementos internacionales:

> Llur problemàtica és molt universal. S'incorporen a la vida activa al moment del boom de la societat de consum, de la revolució sexual, dels moviments joves de Berkeley, d'Amsterdam i d'Estrasburg, i els arriben reflexos del món hippy, de l'hedonisme de Marcuse i de la primacia dels mitjans de McLuhan. Decsobreixen la cultura de l'oci i digereixen el marxisme i el freudisme[17].

Inquieto, siempre al día y cosmopolita, Cirici sintetizaba magistralmente el cambio, tanto en relación a las tres generaciones como sobre la caracterización de esa última. Tres generaciones que eran definidas de manera muy similar en un especial de *Cuadernos para el Diálogo* en 1970[18], que eran ejemplificadas

16. Cirici, Alexandre, «La generació dels seixantes», *Serra d'Or*, octubre 1969, p. 50.
17. Cirici, Alexandre, *ob. cit.,* p. 51
18. Fabre, Jaume; Pradas, Rafael, «Nuevas gentes, nuevas ideas». *Cultura Catalana Perspectiva 1970. Cuadernos para el Diálogo (los suplementos 13-14),* p. 64-70

en las personas de Joan Oliver, representante de los viejos con una breve etapa en el exilio; Maria Aurèlia Capmany, y Terenci Moix, la icona de la juventud más heterodoxa.

A modo de conclusión, en las páginas precedentes hemos podido constatar que la dictadura franquista era incapaz, en los años Sesenta, de impedir la recepción de la información internacional de hechos del alcance de los que se produjeron en 1968. Podían intentar reducir el impacto y utilizar todos los medios para desautorizar la oleada inconformista, pero era imposible ocultarla. Más todavía, los testimonios biográficos, los artículos de prensa e incluso los libros editados en la época evidencian el interés que suscitaron las protestas entre el mundo cultural del interior. Y no sólo eso, sino que las lecturas que hicieron del 68, y particularmente del Mayo francés, generaron un notable debate que les situaba ante cuestiones nuevas, especialmente el protagonismo de la juventud como categoría social, y la relación entre este sector crítico y el movimiento obrero. Es evidente que todos estos elementos reforzaron el protagonismo de la nueva generación en el proceso de construcción de una cultura catalana democrática que contribuyó notablemente al proceso de cambio en el conjunto español, y que fueron decisivos para un salto adelante conceptual que partía de la posibilidad de cuestionarlo todo y de abrir un verdadero debate de ideas.

Bibliografía

BADENES, Patricia (2018). *Fronteras de papel. El Mayo francés en la España del 68*. Madrid: Cátedra.

BONET, Laureano (1994). *La revista «Laye». Estudio y antología*. Barcelona: Península.

BORJA, Jordi Borja (2018). *Bandera Roja. 1968-1974. Del maig del 68 a l'inici de la transició*. Barcelona: Edicions 62.

CAPELLA, Juan Ramón (2011). *Sin Ítaca. Memorias 1940-1975*. Madrid: Trotta.

CARRILLO-LINARES, Alberto (2018). El mayo francés y España: impactos culturales y consecuencias políticas. *Historia del Presente*, *31*, 59-73.

CASANELLAS, Pau (2019). «Una orgía de nihilismo». El franquismo contra el 68. En Abdón MATEOS y Emanuele TREGLIA (Coords.). *Las convulsiones del 68. España y el sur de Europa* (153-173). Madrid, UNED.

CASTELLET, Josep Maria et alt. (2019), *Debat sobre la cultura catalana*. Barcelona: L'Avenç.

CEBRIÁN, Carme y HISPANO, Marià (coords.) (2011). *Nous Horitzons. L'optimisme de la voluntat. Revista teòrica i cultural del PSUC*. Barcelona: El Viejo Topo.

CAPMANY, Maria Aurèlia (1969). *La joventut és una nova classe?* Barcelona: Edicions 62.

COLL, Maria (2017). *Al Paranimf! La primera revolta estudiantil*. Barcelona: Editorial Base.

FERRÉ, Carme (2000). *Intel·lectualitat i cultura resistents. «Serra d'Or», 1959-1977*. Cabrera de Mar: Galerada.

FUSI, Juan Pablo (2017). *Espacios de libertad. La cultura española bajo el franquismo y la reinvención de la democracia*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

GELI, Carles y HUERTAS, Josep Maria (1991). *Las tres vidas de Destino*. Barcelona: Anagrama.

GONZÁLEZ CASANOVA, José Antonio (1992). *La revista «El Ciervo». Historia y teoría de cuarenta años*. Barcelona: Península.

GUBERN, Román (1997). *Viaje de ida*. Barcelona: Anagrama.

MATEOS, Abdón; TREGLIA, Emanuele (coords.) (2019). *Las convulsiones del 68. España y el sur de Europa*. Madrid: UNED.

MORENTE, Francisco (2015). La historia de los intelectuales durante el franquismo. Un ensayo bibliográfico. *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne 50*, 163-194.

MUÑOZ LLORET, Teresa (2006). *Josep Maria Castellet. Retrat de personatge en grup*. Barcelona: Edicions 62.

PÀMIES, Teresa (2018). *Si vas a París, papà… Diari de maig del 1968*, Manresa: Tigre de Paper.

PALA, Giaime (2016). *Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el franquismo*. Granada: Comares.

PLATA, Gabriel Plata (1999). *La razón romántica. La cultura política del progresismo espanyol a través de Triunfo (1962-1975)*. Madrid: Biblioteca Nueva.

PONS, Agustí (2000). *Maria Aurèlia Capmany. L'època d'una dona*. Barcelona: Columna.

PORTA, Jordi (1997). *Anys de referencia*. Barcelona: Angle.

ROJAS, Francisco (2013). *Dirigismo cultural y disidencia editorial en España (1962-1973)*. Alicante: Universidad de Alicante.

SALVAT, Ricard (2015). *Diaris (1962-1968)*. Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona, 2015.

SOLÉ TURA, Jordi (1999). *Una història optimista.Memòries*. Barcelona: Edicions 62.

SANTACANA, Carles (2013). Sobre las rupturas y las continuidades en los años sesenta. *Cercles. Revista d'Història Cultural*, *16*, 31-52.

SANTACANA, Carles (coord.) (2018). *Quan tot semblava posible… Els fonaments del canvi cultural a Espanya (1960-1975)*. València: Publicacions de la Universitat de València.

SELLES, Narcís (2007). *Alexandre Cirici Pellicer. Una biografia intel·lectual*, Catarroja: Afers.

UCELAY, Enric (dir.) (1987). *La joventut a Catalunya al segle XX. Materials per a una història*. Barcelona: Diputació de Barcelona. 2 vols.